

PREFACIO: Más allá de la ciudad letrada¹

Silvia Spitta
Dartmouth College

La ciudad ocupa hoy un lugar estratégico en el cruce de los debates teóricos con los proyectos políticos, de las experimentaciones estéticas y las utopías comunitarias. Lo cual nos está exigiendo un pensamiento nómada, capaz de burlar los compartimentos de las disciplinas y convocar los diversos lenguajes de las ciencias y las artes, confrontar la índole de los diferentes *instrumentos* teóricos, descriptivos, interpretativos, e integrar saberes y prácticas: la comunicación con el drama urbano, la música con el ambiente y el paisaje, la arquitectura con los trayectos y los relatos, el diseño con la memoria de la ciudad.

Jesús Martín-Barbero

The discourse of space is one which we enter as we enter ideology. [Al discurso del espacio se entra como se entra a la ideología].

Bill Ashcroft

La gran obsesión del siglo diecinueve, como lo sabemos todos, fue la historia ... Nuestra época será quizás más que nada la época del espacio [...] El espacio fue tratado como lo muerto, lo fijo, lo no dialéctico, lo inmóvil. El tiempo, por el contrario, era visto como lo rico, lo fecundo, la vida, la dialéctica.

Michel Foucault

A diferencia de Europa y Estados Unidos donde —como lo señala Foucault en el epígrafe— se ha constituido la identidad occidental al privilegiar al tiempo y la historia (entendidos como lo vivo, lo fluido, lo ontológico) por sobre el espacio (lo muerto, lo inerte), América Latina ha seguido un proceso diametralmente opuesto. La ciudad, lo urbano, la división campo/ciudad, ha dominado el pensamiento latinoamericano desde la Conquista hasta nuestros días. Conjugadas alrededor de lo urbano tanto o más que en la Europa medieval, las

grandes civilizaciones prehispánicas forzaron a los conquistadores a entender la conquista y la evangelización en términos de lo que llegaría a ser un inmenso proceso de urbanización. No hay más que ver el plano de la gran Tenochtitlán que acompaña la segunda carta de relación de Cortés² y el deslumbramiento de Bernal Díaz ante el ordenamiento y la grandeza de la ciudad azteca, para entender esto. A un orden urbano, entonces, le siguió otro, a veces, como en los casos del Distrito Federal y del Cuzco, *exactamente en y sobre* los centros de poder del orden antiguo y en otros casos *cerca de o al lado* de antiguos asentamientos precolombinos. Este proceso urbanístico, claramente entendido como instrumento de control, creó un palimpsesto entre el orden antiguo y el que se imponía de manera que, paradójicamente y muy a pesar suyo, las nuevas ciudades operaban como índices del orden suplantado. Según Carlos Monsiváis un “hacerse entre ruinas” caracteriza ontológicamente a las ciudades latinoamericanas y al Distrito Federal en particular. “Instalada sobre la destrucción de un imperio,” escribe

la Ciudad de México encontró en ese hecho —un hacerse entre ruinas— su primera y última definición. Desde entonces, y a lo largo de los siglos, la ciudad ha crecido hasta perder la conciencia de sus límites, ha canjeado los cantores por los gestores, se ha dejado ceñir por lemas donde la adulación vence la mala fe (“La Ciudad de los Palacios”, “La región más transparente”), y ha vuelto siempre al principio: la relación entre los arrasamientos de toda índole y el proyecto inacabable de construcción (Monsiváis 10).

Señal de que lo nuevo acaba invariablemente apuntando a un orden anterior que se trata de erradicar la ambivalencia geográfico-histórica de nuestras ciudades es una de las características que más asombra y choca al visitante.

Sin embargo, a pesar de este “hacerse entre ruinas”, aún hoy, la vertiginosa fundación de ciudades llevada a cabo por los españoles no deja de sorprender. Ya en 1580 se habían fundado 225 ciudades y en 1630 habían 331. En efecto, hacia finales del siglo diecisiete ya se habían fundado casi todos los centros urbanos latinoamericanos en existencia hoy (Socolow 3). Las ordenanzas de Descubrimiento y Población de Felipe II de 1573 sólo codificaron tardíamente lo que había sido establecido en la práctica desde muy temprano. Los conquistadores habían entendido desde el principio que su conquista sería ante todo una conquista del espacio y una urbanización de la historia.

El énfasis en el espacio tuvo como consecuencia la espacialización concomitante de la otredad, así como el hecho de que las culturas

prehispánicas fueran concebidas como culturas “sin historia” como el título del libro de Eric Wolf —*Europe and the People Without History* [*Europa y la gente sin historia*]— lo expresa tan acertadamente. Esta ideología donde el imperio se constituye a sí mismo en sujeto y telos de la historia al transformar al otro colonizado en mapa, es decir, en espacio para ser observado, cartografiado, estudiado —no sólo acompañó sino que justificó los procesos de colonización de la mayor parte del mundo. La creación renacentista de la “perspectiva” artística, la mirada científica del cosmógrafo, seguidos por la invención del telescopio y microscopio, entre otros elementos, coincide con esta nueva subjetividad imperial que crea un mundo-objeto o un mundo carente de toda subjetividad que puede ser aprehendido por una mirada única, privilegiada, globalizadora. El desarrollo de la perspectiva artística está entonces, íntimamente ligado a la separación entre el espacio y el tiempo característica de la modernidad. Esta separación ha tenido como resultado que los teóricos renacentistas crearan “un espacio homogéneo, uniforme y absoluto” (Ashcroft 137) que nos recuerda la crítica de Walter Benjamin a los historicistas por haber creado un tiempo homogéneo y vacío. Las fundaciones de las ciudades latinoamericanas entonces son cristalizaciones del impulso europeo de “codificar” o darle un orden matemático a la urbe en su totalidad, equiparando colonización con conquista del espacio, y haciendo de la geografía un instrumento del imperio paralelo al de la lengua (Ashcroft 142).

Es importante destacar la trascendencia que tuvo la *coincidencia* de la Conquista de América con los nuevos descubrimientos científicos que tuvieron lugar dándose impulso mutuamente. Por ejemplo: paralelamente a la fundación vertiginosa de ciudades (ordenadas, cuadrículadas), se habían inventado las líneas de latitud que continuaban la organización matemática de lo urbano a nivel mundial, dividiendo el mundo en secciones (Norte/Sur; Este/Oeste). A pesar de que el problema de medir la longitud no se resolvería hasta mucho más tarde (Sobel), el famoso *Atlas* que Mercator diseñó entre 1538 y 1595 indica que los mares se habían vuelto navegables. Reinscribe el espacio con nombres europeos que erradicaron nombres indígenas y, como otros mapas, trata de borrar el conocimiento indígena del espacio para crear un espacio imaginado por Occidente como un ente objetivo que podía ser conocido y controlado desde un punto de vista superior y exterior a él. Enrique Dussel elabora este mismo punto de otra manera cuando fecha el origen de la modernidad occidental en 1492 — año que le permitió a Europa (después de haber sido la periferia del

Islam durante siglos) finalmente situarse en el centro del mundo a través de la periferalización de las Américas, acontecimiento que transforma a España en la nación que impulsa la modernidad (Dussel 88).

A este énfasis en el control del espacio, sin embargo, hay que agregar otro importante elemento que es el de la supervivencia (aunque sumergida) de cosmogonías amerindias en las que el espacio, el tiempo y el movimiento forman un conjunto inextricable. No hay mejor ejemplo de interpenetración de estos tres elementos que los códices mesoamericanos donde los días del año tienen una dirección. Dentro de los códices, hay cuadrículos iconográficos que se llaman *tonalámatl*, concepto que Eduard Seler traduce como “libros de los días y su influencia en el destino de la gente”. El *tonalámatl* es una suerte de calendario que, según Lois Zamora, “proyecta el movimiento de los dioses en el espacio de la experiencia humana”. Así, “cada día tiene un número, una dirección, un símbolo jeroglífico que representa un animal o un objeto y una deidad que reina sobre él... el tiempo es visualizado y espacializado y la historia es materializada” (Zamora s/n). No hay mejor ejemplo de la continuidad de este pensamiento en el presente que el hecho de que en tantas ciudades latinoamericanas las calles tengan nombres de fechas históricas (28 de julio, 5 de mayo, etc.). Otro ejemplo de la modulación del impulso colonizador por el impacto del otro es el hecho de que la creación de mapas dependía de *relaciones* geográficas recopiladas por los cosmógrafos reales. Basadas en series diferentes de minuciosos cuestionarios contestados por indígenas y administradores coloniales, estas *relaciones* son relatos que subyacen en los mapas, creando lo que Walter Mignolo llama una “semiósisis colonial” (Mignolo, *The Darker*, 7). Estos procesos crean una “textualización híbrida” donde dos sistemas, uno discursivo y escriturario y el otro semiológico, co-existen en diferentes relaciones de poder.

Fundamental a este proceso de dominación del espacio y de la historia a través de la urbanización se encuentra la transformación casi instantánea del soldado en vecino (y miembro del cabildo que administraba la ciudad) que acompañó la urbanización-comoconquista. Además de esta “domesticación” del soldado, la ciudad funcionaba ideológicamente como un baluarte en contra del “salvajismo” reinante en sus afueras. Así, según Richard Kagan, la palabra *policía* incorporó la noción aristoteliana de *polítia* o agrupación de personas en una *res publica* ordenada y gobernada por leyes. Los que se hallaban extra muros eran considerados rústicos o salvajes

(Kagan 132-3). Las ciudades se constituyeron ideológicamente no sólo en centros sino en evidencias de civilización. Esta división del espacio latinoamericano en *espacio urbano civilizado* versus *espacio no urbano salvaje* desmonta más que cualquier otra cosa la problemática dicotomía que se viene manteniendo entre la colonización de Estados Unidos entendida como una colonización llevada a cabo por “pioneros” (vistos como individuos y no puntas de lanza de un imperio) que llegaron, según este mito, para *asentarse* en el nuevo continente mientras que la colonización de Latinoamérica es entendida como mero proceso de *enriquecimiento* de conquistadores que fueron a las Américas con el único y exclusivo fin de volver ricos a España. A lo que el estereotipo sí apunta, sin embargo, es al hecho de que al no toparse con grandes ciudades indígenas, los pioneros pudieron imaginar el espacio norteamericano como una frontera mientras que los españoles claramente entendieron que se enfrentaban, en mayor o menor medida, a civilizaciones urbanas.

El énfasis latinoamericano en el espacio se ve reflejado más que elocuentemente en el número de estudios que se enfocan en él: ya en 1975 Francisco de Solano había reunido más de 2,000 títulos sobre el proceso urbanístico en su *Estudios sobre la ciudad iberoamericana*. “Pensar el espacio” está a la orden del día gracias a esta larga y rica tradición de conceptualizar el problema. Sin embargo, más recientemente, la reflexión urbana en América Latina le debe mucho a dos textos fundamentales: *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*, de Alberto Flores Galindo —tesis doctoral presentada en francés en la Universidad de Nanterre en 1983 y publicada en el Perú en 1984, y la importante obra de Ángel Rama *La ciudad letrada*.

Además de ser dos textos hermanados por haber sido publicados no sólo póstumamente sino también en el mismo año, ambos textos se centran en lo urbano para teorizar la relación entre la realidad latinoamericana y el espacio. Sin embargo, y a pesar de estas convergencias, son dos textos diametralmente opuestos que —como si para señalar esta diferencia— han seguido trayectorias muy distintas: *La ciudad sumergida* injustamente ha corrido la suerte de su título a pesar de que cada vez más estudiosos cumplen su propuesta, mientras que *La ciudad letrada* ha tenido una brillante trayectoria y es citado puntualmente por todo letrado —aunque hasta hace poco (en particular la publicación de *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*) pocos parecen realmente haber bregado con él y no se ha establecido un verdadero diálogo entre ellos. Sospecho que la densidad hiperletrada del texto (con citas en por lo menos cuatro idiomas) y sus contradicciones

internas han obstruido su recepción mientras que el neologismo creado por Rama lo ha vuelto demasiado fácilmente citable. Leídos juntos sin embargo, *La ciudad letrada* y *La ciudad sumergida* conjugan espacios que se rozan, encuentran, chocan y discriminan cada día y en cada interacción política o privada en el continente. Juntos crean un diálogo que explica más que la suma de sus partes y que nos ofrece una imagen mucho más completa y compleja de las transformaciones urbanas de las ciudades latinoamericanas desde la época colonial hasta nuestros días. Como si para rendirles el homenaje que se merecen, todos los textos aquí reunidos se encuentran situados a lo largo de un continuo que podría fácilmente ser enmarcado por, o tener como límites, *La ciudad sumergida* de un lado y *La ciudad letrada* del otro. Mientras que unos, en el espíritu de Flores Galindo, son trabajos que se enfocan en diferentes problemáticas *espaciales* y así nos ofrecen lecturas no centradas exclusivamente en la letra y la escritura, otros se aproximan a Rama subrayando los procesos semiótico-literarios que dominan y delimitan nuestro conocimiento de la ciudad. Muchos de los ensayos aquí incluidos se acercan a los espacios urbanos a través de la literatura y el arte, mientras que otros, como Flores Galindo, se centran en una tradición no letrada para hablarnos de la ciudad sumergida en toda teorización sobre la ciudad.³

DE LA CIUDAD LETRADA A LA CIUDAD SUMERGIDA

No hay mejor imagen/aleph para lo que propone *La ciudad letrada* que el famoso requerimiento. Documentos de lectura requerida por el conquistador en el momento fundacional, eran texto-actos (llamados “performative speech-acts” en la retórica) donde el acto en sí de leer el documento *era* el acto fundacional. Paradójicamente, sin referirse al requerimiento más que tangencialmente, es precisamente ese entretrejimiento de la letra y la ciudad la que domina el espacio de *La ciudad letrada*. Este proceso de encubrimiento del espacio urbano por los signos ya se ve en la progresión que determina el orden de *La ciudad letrada* y que lleva al lector de la ciudad ordenada a la letrada; y de allí a la escrituraria y a la modernizada, para acabar en la polis que se politiza (los ideólogos de la nación) y la ciudad revolucionada en México y Uruguay. Los capítulos que organizan el libro describen las sucesivas transformaciones que sufre la ciudad letrada en su afán por aferrarse a —y simultáneamente constituirse en— el poder hasta desaparecer finalmente en el siglo xx con la cultura de masas y una red de editoriales que se vuelven “el principal reducto de los intelectuales

independientes al margen del estado, en comunicación directa con el público” (Rama 160). Como tal, *La ciudad letrada* es la *performance* de la ciudad-signo que describió Italo Calvino en “Tamara” y que le sirve a Rama para demostrar cómo “la espesa urdimbre de los signos impone su presencia” en la ciudad. Según Calvino, Marco Polo le describe la ciudad de Tamara a Kublai Kan de la siguiente manera:

Finalmente il viaggio conduce alla città di Tamara. Ci si addentra per vie fitte d’insegne che sporgono dai muri. L’occhio non vede cose ma figure di cose che significano altre cose: la tenaglia indica la casa del cavadenti, il boccale la taverna, le alabarde il corpo di guardia, la stadera l’erbivendola. ... Anche le mercanzie che i venditori mettono in mostra sui banchi valgono non per se stesse ma come segni d’altre cose... Come veramente sia la città sotto questo fitto involucro di segni, cosa contenga o nasconda, l’uomo esce da Tamara senza averlo saputo. (Calvino, *Le città invisibili* 21-22)

Finalmente el viaje conduce a la ciudad de Tamara. Uno se adentra en ella por calles llenas de enseñas que sobresalen de las paredes. El ojo no ve cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas: las tenazas indican la casa del sacamuelas, el jarro la taberna, las alabardas el cuerpo de guardia, la balanza el herborista. ... Incluso las mercancías que los comerciantes exhiben en los mostradores valen no por sí mismas sino como signo de otras cosas. . . . Cómo es verdaderamente la ciudad bajo esta apretada envoltura de signos, qué contiene o esconde, el hombre sale de Tamar sin haberlo sabido. (Calvino, *Las ciudades invisibles* 28-9)

Lo que Calvino subraya en su descripción de la ciudad de Tamara es el encubrimiento del espacio urbano por la proliferación de signos. Así, dejamos la ciudad sin realmente haberla conocido y recordamos de ella sólo el hecho de que un signo apunta a otro signo y así sucesivamente. A su vez, lo que Rama describe en *La ciudad letrada* es la construcción de una ciudad ideal (cubierta *de dorados*) (72) donde el ordenamiento de los signos ha encubierto exitosamente lo que él llama “la ciudad real”. Marginando a la lengua popular y creando una diglosia entre escritura concebida como una suerte de lenguaje secreto, de “latín” y habla popular, la ciudad letrada se amuralla y, en su afán por controlar los signos, parece crear un vacío por donde se filtra el desorden que va a ser la característica fundamental de nuestras ciudades (72). El orden de la cuadrícula, ese sueño utópico, esa “palíngenesia de la inteligencia” como la llama Rama, es decir, ese afán de estatuir el orden “antes de que la ciudad exista, para así impedir

todo futuro desorden” (8), no es nada más, a mi modo de ver, que el afán no sólo de los signos mismos, sino también el de encubrir el desorden de la conquista con la apariencia de un orden urbano.

Como lo demuestra Flores Galindo, quien pareciera estar implícitamente criticando la visión de Rama, la ciudad letrada no es nada más que la vana ilusión de pensar que se puede tapar el sol con un dedo. El desorden de la ciudad “real” o sumergida descrita por Flores Galindo contrasta radicalmente con el orden de la ciudad letrada descrito por Rama. En los ensayos de estos dos teóricos de lo urbano se enfrentan dos conceptos de ciudad opuestos: uno absolutamente desordenado y el otro absolutamente ordenado. Sin embargo ambos coinciden inesperadamente cuando Rama acaba con la ciudad revolucionada y así demuestra que el deseo de la ciudad letrada de imponer el orden de los signos ha fracasado irremediamente, mientras que Flores Galindo, quien ha subrayado inequívocamente el desorden imperante desde siempre en las ciudades latinoamericanas, acaba apuntando a modelos literarios que tratan de bregar con la ausencia de orden. Aunque no lo articulan así en ningún momento, coinciden en el hecho de que la urbanización fue usada como instrumento por excelencia de colonización, pero difieren en el grado de éxito que le atribuyen.

El progresivo encubrimiento de la ciudad por parte de la élite letrada que se reproduce a sí misma desde la colonia y que se defiende por medio de gramáticas y leyes es embatido, según Rama, una y otra vez por letrados recién llegados a la escritura tales como Lizardi en cuyo *Periquillo* “irrumpe el habla de la calle con un repertorio lexical que hasta ese momento no había llegado a la escritura pública” (58-9); Simón Rodríguez (y su proyecto de una “educación social” como práctica de la democracia de corte rousseauiano y de valoración pre-saussuriana y anti-derridiana del habla) (66); los independentistas durante la modernización, y finalmente el desarrollo de discursos de izquierda (de los “campesinos-obreros-y-estudiantes” que equivalen a una “disidencia dentro de la *ciudad letrada* que configuró un pensamiento crítico”) (78). Todos estos discursos críticos—al tener que pasar por las universidades para ser valorizados y oídos—acaban sirviendo nada más que de “puente por el cual se transitaba a la *ciudad letrada*” (81).

Dentro de este estudio sobre la reproducción del poder llama la atención que Rama haya dejado de lado casi por completo su concepto de “transculturación”. No es empleado con respecto a los escritores innovadores mencionados arriba, ni tampoco como él lo usó antes. Si

Arguedas figuraba en *Transculturación narrativa* como el Eneas americano que transporta a sus padres de un universo (sierra, oralidad, cultura quechua) a otro (costa, megalópolis, escritura) efectuando una labor creativa y performativa de su doble identidad, en *La ciudad letrada* el acto creativo se constituye meramente en la creación de un archivo de una tradición oral que está o ya perdida o por perderse. Esto se debe en parte a que el poder aplastante de la ciudad letrada sobre la riqueza de la oralidad que él propone en *La ciudad letrada* es, en efecto, una relectura y crítica tercermundista a la gramatología derridiana. Si Derrida trató de valorar la escritura, según él entendida tradicionalmente en Occidente como el peligroso suplemento a una oralidad vital, Rama hace lo mismo, pero demuestra que en Latinoamérica, desde la Conquista, se ha valorado más la escritura que la oralidad. Su reivindicación de la escritura y su énfasis en el afán organizador y totalizador de la ciudad letrada hace que en este texto la transculturación se vuelva sinónimo —las dos veces que es usado— de evangelización. “A las ciudades competía dominar y civilizar su contorno, lo que se llamó primero ‘evangelizar’ y después ‘educar’. Aunque el primer verbo fue conjugado por el espíritu religioso y el segundo por el laico y agnóstico, se trataba del mismo esfuerzo de transculturación a partir de la lección europea”, escribe la primera vez que usa el término (17-8). La segunda vez que se menciona aparece como simple sinónimo: “las exigencias de una vasta administración colonial que con puntillismo llevó a cabo la Monarquía, duplicando controles y salvaguardias para restringir, en vano, el constante fraude con que se la burlaba, y las exigencias de la evangelización (transculturación) de una población indígena” (27). En estas dos citas, la transculturación ya no es un proceso efectuado por escritores como Arguedas “desde abajo” o “desde adentro” por así decirlo, sino más bien es una política de forzar la asimilación del indígena a la cultura occidental a través de la evangelización. Es decir, el movimiento transculturador ahora es entendido como proceso aculturador impuesto “desde afuera” y “desde arriba.”

Como si esto fuera poco, a dos años de haber publicado *Transculturación narrativa en América Latina* Rama escribe en *La ciudad letrada*:

la *escritura* con que se maneja, aparece cuando declina el esplendor de la *oralidad* de las comunidades rurales, cuando la memoria viva de las canciones y narraciones del área rural está siendo destruida

por las pautas educativas que las ciudades imponen, por los productos sustitutivos que ponen en circulación.

Y concluye, como si hubiera olvidado la obra de Arguedas y como si se volviera del lado de Derridá: “En este sentido la *escritura* de los letrados es una sepultura donde es inmovilizada, fijada y detenida para siempre la producción oral” (87). La oralidad y lo rural entonces desaparecen en el “diorama” de la ciudad (83). El *Martín Fierro* para Rama, es un ejemplo de lo que James Clifford hubiera llamado “etnografía de salvación” refiriéndose al hecho de que la llegada de los antropólogos puede ser leída como señal de la desaparición inminente de la cultura a la que llegan (Clifford 45); el *Martín Fierro* entonces, acude a “recoger” al gaucho “en el momento de su desaparición” (Rama 86). Similarmente, la obra de Arguedas recoge a una cultura indígena en el momento en que ésta deja sus comunidades y empieza a migrar en masa a la ciudad. Al contrario de lo propuesto en su *Transculturación narrativa*, aquí Rama subraya el hecho escritural y su transformación inmediata en archivo o museo de la oralidad y de mundos al borde de la extinción. La escritura es el documento, la muerte. En efecto, Rama traza los procesos por medio de los cuales todo el conjunto de leguleyos, jueces, escribanos, escritores, periodistas, historiadores, literatos y demás textualizan el espacio urbano hasta — como plantea Bill Ashcroft en el epígrafe— el sujeto sólo puede entrar en la ciudad al igual como entra en la ideología. De lo que Rama llama la “ciudad real” queda poco o casi nada y de la transculturación aún menos.

Mientras que Rama, partiendo del ordenamiento del espacio como modelo de dominación colonial, se centra en la minoría sacerdotal que domina los espacios urbanos latinoamericanos, Alberto Flores Galindo se centra en un espacio real, Lima, para presentarnos con observaciones y llegar a conclusiones muy diferentes de las de Rama y así, aún sin mencionar el concepto, hablar más de la transculturación que él. Aunque al principio sigue el mismo recorrido, en su *Ciudad sumergida* demuestra cómo Lima “se convirtió en sinónimo de la oprobiosa dominación colonial: ‘del despotismo asiento’” (Flores Galindo s/n) acaba siguiendo una trayectoria diametralmente opuesta a la de Rama al poner su punto de mira no en las élites sino en los de abajo. Basándose en estadísticas sobre las diferentes olas inmigratorias y diversos censos concluye que Lima es la ciudad colonial por excelencia por ser Callao el único puerto mayor en la Mar del Sur en la primera mitad del siglo XVIII. Después, entre 1787-1814, debido al gran número

de inmigrantes españoles (70% de ellos predominantemente vascos), es también la ciudad donde se enfrentan más sistemas culturales que en cualquier otra parte. El hecho de que había 18.000 españoles (predominando peninsulares sobre criollos), más de 13.000 esclavos de origen africano y sólo 10.000 castas, lo lleva a concluir que, al contrario de lo que se ha venido dictaminando hasta ahora y a pesar de que Lima era la capital del mundo andino (aún estando situada en la costa), el mestizaje en Lima fue entre blancos y negros y, en menor medida, entre españoles e indígenas. Llegamos a esta sorprendente conclusión al encontrar que en 1636 había 13.620 negros en Lima y sólo 10.758 españoles y, mientras que a principios del siglo xvii habían 900 castas (uniones interraciales), hacia fines del siglo xviii había más de 10.000. El dato, también sorprendente, que encuentra en los censos, de que la mayoría de los indígenas en los alrededores de la ciudad eran pescadores que vivían en las playas y *no* en la ciudad (con la excepción de los del barrio del Cercado) confirma su observación que el mestizaje en Lima fue predominantemente entre españoles y negros. Así, la demografía demuestra “el proceso de integración del negro a la cultura urbana” (83). Esta conclusión por sí sola bien podría explicar la marginación de su libro.

Además de esto, la Lima que se vislumbra en *La ciudad sumergida* ha sido un caos desde siempre. Ya en la época colonial una aristocracia endogámica aterrorizada de los esclavos de los que dependía se amuralla conformando una ciudad de rejas rodeada por “la plebe” —una masa de gente de razas y culturas heterogéneas— que domina los espacios públicos. Esta ciudad se encuentra casi sitiada, se podría decir, por numerosos asentamientos de cimarrones. Los caminos están asediados por bandas de bandidos, muchos de ellos negros, (Flores Galindo no encuentra ni a un solo indio ajusticiado por bandolerismo) y que llevan a enfrentamientos entre negros e indios, mientras que las calles de Lima son dominadas por diversas bandas urbanas de mestizos y un alto porcentaje de vagabundos (65, 119). Algunos datos indican que en 1770 había 19.232 vagos, lo cual equivaldría a 38% de la población mientras que otros estudiosos calculan que eso es exagerado y que “sólo” un 14% de la población era vagabunda (124). En todo caso, de esto desprende que “la plebe” fue desde siempre un grupo extremadamente heterogéneo que conformaba la mayor parte de la población. Tanto es así que “plebe y limeño” eran casi sinónimos.

En *La ciudad sumergida*, Flores Galindo nos devela un mundo caótico, peligroso, dominado por bandas urbanas, una ciudad donde rige el miedo en general y el miedo al otro en particular. Leer este texto,

truncado por la muerte temprana del autor, nos lleva a reconocer a nuestras ciudades de hoy y a darnos cuenta de que poco ha cambiado; en fin, a darnos cuenta de que la crítica que Salazar Bondy hizo de la “arcadía colonial” es más acertada que nunca. Como concluye Flores Galindo, la violencia era generalizada en la colonia. No hay mejor símbolo de esto que el hecho de que el pan de cada día era producido en las panaderías por numerosos prisioneros encadenados al trabajo. La violencia no sólo entra en el pan de cada día sino que llega a infiltrar la vida familiar, “otro terreno de confrontación” donde numerosos divorcios son solicitados en las cortes por mujeres de todo tipo (137). La descripción de esta ciudad sumergida y violenta ayuda no sólo a contextualizar, sino también a historizar los ensayos sobre los miedos y la violencia urbanos incluidos en esta edición. De esta manera vemos que el proceso de lo que algunos están llamando, con cierta nostalgia, la “pérdida” del letrado de la ciudad, o la “toma” de la ciudad por los migrantes, es más bien una dinámica que data desde la colonia. Pues mientras los unos se afanan en aferrarse a la letra como modelo ordenador, los otros, desde siempre, han contestado ese poder no sólo a través de la letra misma sino también desplegando una multitud de estrategias diferentes.

El contraste entre los espacios descritos en *La ciudad letrada* y *La ciudad sumergida* es asombroso, como lo es el hecho de que Rama y Flores Galindo independientemente el uno del otro llegan a escribir dos textos que en efecto se conforman como el negativo del otro. Mientras Rama lee los diarios y la narrativa de la época, Flores Galindo lee las actas legales en las cortes, muchas de ellas compuestas por cientos y miles de demandas con las que, desde los primeros años de la colonia, paradójicamente, los iletrados usan la ley en contra de sí misma para reivindicar sus derechos. Según Flores Galindo:

los juicios ante el Cabildo y la Audiencia (causas civiles y criminales), ante el Superior Gobierno, el Arzobispado (causas de negros, inmunidades, divorcios), juzgados particulares como el Tribunal del Consulado o el Juzgado de Secuestros [permiten] observar el comportamiento de las partes y los intereses en juego, *siempre y cuando desechemos imágenes simplistas que piensan al derecho sólo como una imposición de la clase dominante*; se trata más bien de un terreno de confrontación, donde por eso mismo tienen que salir a relucir los intereses y propósitos de los sectores populares: aunque sean más frecuentes los fallos en contra, el funcionamiento del sistema exige que ellos puedan observar algunas victorias y alcanzar ciertas reivindicaciones, a pesar de ser negros y esclavos. (21, énfasis mío)

“Aunque la ley es importante” —concluye— “las ocasiones de infringirla son múltiples, en una sociedad donde coexisten varios sistemas culturales y se enfrentan diversas reglas de comportamiento. *Hecha la ley, hecha la trampa...*”, sería desde siempre la única ley que ha regido el Perú (21). Además de estudiar estos registros legales, Flores Galindo estudia los datos de sucesivos censos. Y mientras que Rama ve la escritura como el silenciamiento de la oralidad, Flores Galindo hace que las actas cuenten sus historias como si a través de ellas pudiera oír el barullo de las calles de Lima, los interminables chismes, y el abigarramiento espacial y verbal que constituye la ciudad y la masa desde siempre.

Consecuente con su postura, la posición teórica de Flores Galindo sobre la ciudad lo lleva a re-leer textos literarios de una manera muy diferente a la tradicional. Reivindica la obra de Ricardo Palma, tachada por muchos críticos de costumbrista y retrógrada, y lo celebra como el segundo fundador de Lima después de Pizarro. Palma, más que ningún otro, según Flores Galindo, escribe sobre la plebe. Consta, habiendo hecho un recuento de los temas, que en la mayoría de las tradiciones casi no aparecen las clases altas ni tampoco los indios y sólo uno que otro esclavo. El hecho de que la plebe que domina las tradiciones “no llegó a constituir una clase social, sino un conjunto tan heterogéneo como disgregado” fuerza a Palma a inventar un nuevo género para bregar con esa diversidad. Además de Palma, llevó a otros intérpretes de su realidad a adoptar formas artísticas que “tuvieron un carácter similar: décimas de Castillo, pinturas de Lozano, acuarelas de Fierro”. Es decir, lo que se creó fue “un conjunto fragmentario y disperso de relatos, donde se confundieron recuerdos, imaginación y documentos” (144). A fin de cuentas entonces, la ciudad que Palma dibujó a modo de crónica *avant la lettre*, esa “ciudad sin indios” es la misma ciudad que Flores Galindo encontró y verificó en los censos (145).

El estudio de esta plebe heterogénea, incapaz de conformarse en una clase social y que forzó a que diferentes escritores y artistas se le aproximaran a través de medios muy diferentes que reflejaban, en cierta medida, su fragmentariedad, le permite a Flores Galindo explicar por qué en Lima nunca hubo una verdadera revolución a pesar de que la extrema segregación del espacio urbano (los blancos y la plebe casi nunca coincidían en los mismos espacios más que en ciertas ocasiones como la corrida de toros o la procesión del Señor de los Milagros) y la extrema discriminación hubieran sido campos fértiles para mil

revoluciones en cualquier otro lugar. En Lima no puede surgir “un movimiento social que articule esos intereses múltiples, no porque exista una subordinación a la aristocracia, sino porque los conflictos en el interior de esas ‘clases populares’ son demasiado intensos: los esclavos divididos entre bozales y criollos,⁴ enfrentados ambos sectores a los indios, y todos disputando con la plebe la escasa oferta de trabajo. Era imposible recurrir a una solución nacional que articulase a todos ellos contra el colonialismo” (181). Por decirlo de otra manera, Lima siguió siendo una sociedad colonial aún después de la Independencia. No alcanzó ni ha alcanzado nunca superar las dos fases de la lucha anti-colonial que delineó Fanon —la violencia contra los suyos, pasando por una conscientización gradual, se va transformando en violencia contra el orden colonial. Esto explicaría la observación de Henri Lefebvre quien en su *Production de l'espace* escribe que a pesar de que la urbanización latinoamericana en cuadrícula es muy parecida a la urbanización de ciudades norteamericanas como Nueva York la misma cuadrícula puede ser usada para fines y políticas absolutamente diferentes. Mientras que la famosa cuadrícula ordenada y “utópica” de las ciudades norteamericanas sirvió para enriquecerlas *in situ*, la de las ciudades latinoamericanas sirvió como una estructura de despojo y extracción de riqueza en beneficio de España “como si la riqueza se escapara por los huecos en la cuadrícula” (Lefebvre 151). Flores Galindo, al resaltar que en Lima la violencia interna ha estado a la orden del día y ha dominado todos los espacios, nos da la respuesta a la interrogante implícita en la observación de Lefebvre. La violencia es lo que ha permitido que las clases hegemónicas se enriquecieran sin la posibilidad de que se creara ninguna resistencia unida. La Lima que Flores Galindo describe es una ciudad donde se ha venido manteniendo desde la conquista un “brutal equilibrio”. Y es con la postulación de esta paradójica violencia estable o estabilidad violenta con la que concluye *La ciudad sumergida* (183).

Me he detenido, quizás demasiado, en las dos “ciudades” de Rama y de Flores Galindo para demostrar que los ensayos incluidos en este volumen —de una manera u otra, consciente o inconscientemente— entran en diálogo con ellos. Lo cual no es de sorprender ya que son textos multifacéticos que tratan una variedad de temas como si el abigarramiento de las ciudades latinoamericanas les forzara a desbordar su campo y su especialización. La impresionante gama de temas elaborados en torno al espacio y a la ciudad y los radicalmente diferentes tipos de aproximaciones que se juntan en esta edición sirven para corroborar lo que asevera Jesús Martín-Barbero en

el epígrafe. Pensar el espacio latinoamericano es pensarlo desde más allá de las fronteras establecidas por las disciplinas y lo que es más, es pensarlo mucho más allá de la limitada noción de espacio que ha manejado Occidente hasta hace poco. Así, en este volumen se juntan historiadores, sociólogos, escritores, periodistas, cronistas y críticos literarios que escriben sobre ciudades tan distintas y distantes como lo son San Juan, Buenos Aires, Cuzco, Lima, el Dese, Santiago, Caracas, Bilbao, las ciudades fronterizas entre EE.UU. y México, etc., y que tratan temas tan variados como el caos, el miedo y el desorden urbanos, la transformación de estos espacios caóticos en espacios legibles a través de la creación de diferentes monumentos nacionales, museos, y paseos; la relación entre las artes como la pintura y la fotografía y la narrativa urbana, la diferencia entre la concepción pre y pos colombina del espacio, el *kitsch* y la megalópolis, etc. Además, representando algunos de los géneros escriturarios creados en Latinoamérica, hemos puesto, —al igual como lo hizo Susana Rotker en su edición *Ciudadanías del miedo*— estudios críticos lado a lado con crónicas urbanas. La crónica, como lo demuestra Boris (“Narrar el caso”) es un híbrido sui generis creado a partir de, y para bregar con, la complejidad social y espacial latinoamericanas. Más que cualquier otra forma incorpora simultáneamente varios géneros (periodismo, cuento, reportaje, ensayo, etc.) y pone en práctica la erradicación de barreras disciplinarias. A la vez, está llegando a influenciar la ensayística latinoamericana con el resultado de que algunos de los ensayos aquí incluidos se leen como crónicas.

El hecho de que *La ciudad letrada* y *La ciudad sumergida* hayan sido escritos por un crítico literario y por un sociólogo/historiador respectivamente, prefigura en los años 80 la variedad de metodologías disciplinarias reunidas aquí y que cada vez más componen el gran cambio que se está dando en nuestro modo de delimitar las disciplinas. Si nuestras ciudades son tan abigarradas, nuestros modelos de pensarlas no pueden ser menos complejos ni menos nómadas.

NOTAS

¹ Agradezco a Boris Muñoz, Lois Zamora, y Gerd Gemunden su cuidadosa lectura de este ensayo.

² Este mapa aparece en la edición en latín de la segunda carta de Cortés. Le agradezco a Michael Schluesser este dato. Es reproducido en Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, Angel Delgado Gómez, ed. (Madrid: Clásicos Castalia, 1993) entre otros.

³ Lois Zamora se centra en una crítica de la imposición del orden letrado a un mundo al que éste le era ajeno. Así, como Pal Keleman, Serge Gruzinski y otros, Zamora reivindica modos de conocimiento no letrados. En su *The Inordinate Eye* escribe: “A pesar del admirable estudio sobre la sociedad colonial latinoamericana en *La ciudad letrada*, de Ángel Rama, hubo y siguen habiendo inmensas regiones, incluyendo ciudades, donde la cultura impresa no es una realidad contundente. Este hecho sin embargo, no significa que la gente no sepa leer [...] Rama no se enfoca más que en el texto impreso. No explora la relación que hay entre medios expresivos o la producción de textos culturales no letrados y alfabéticos. La dicotomía colonial implícita entre ciudades de españoles y pueblos de indios simplemente no se sostiene” [“Despite Angel Rama’s admirable study of *La ciudad letrada* (the literate city) in colonial Spanish America, there were, and are, vast regions, including cities, where print culture is not deeply rooted—a fact does not necessarily imply that people do not know how to read... Rama’s focus never leaves the printed text. He does not explore the relations of expressive media, or the production of cultural texts other than alphabetic, and the implied dichotomy between colonial *ciudades de españoles* and *pueblos de indios* simply doesn’t bear close examination”] (la traducción es mía).

⁴ Aquí Flores Galindo emplea el término para referirse al descendiente de negros y metropolitanos tal como es usado en el Caribe. Según los censos que estudia, en el Perú no existió la categoría de “criollo” como peninsular nacido en América. Los censos indican sólo las siguientes divisiones: españoles, indios, mestizos, gente de color libre y esclavos (80).

BIBLIOGRAFÍA

- Ashcroft, Bill. *Post-Colonial Transformation*. London: Routledge, 2001.
- Barbero, Jesús Martín. “De la ciudad mediada a la ciudad virtual”, material de trabajo para la Segunda Conferencia Internacional de Estudios Culturales *Espacio Urbano, comunicación y violencia en América Latina*. University of Pittsburgh, Abril 2000.
- Calvino, Italo. *Le città invisibili*. Torino: Einaudi, 1972.
- _____. *Las ciudades invisibles* [1972]. Aurora Bernárdez, trad. Madrid: Ediciones Siruela, 1994.
- Clifford, James. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press, 1986.
- Dussel, Enrique. *The Invention of the Americas: Eclipse of “the Other” and the Myth of Modernity*. Michael D. Barber, trad. New York: Continuum, 1995.
- Flores Galindo, Alberto. *La ciudad sumergida: Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*. Lima: Editorial Horizonte, 1991.

- Foucault, Michel. "Of Other Spaces". *Diacritics* 16/1 (Spring 1986): 22-27.
- . "Questions on Geography". *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. [1972]. Colin Gordon, ed. New York: Pantheon, 1980.
- Kagan, Richard. "A World Without Walls: City and Town in Colonial Spanish America". *City Walls: The Urban Enceinte in Global Perspective*. James D. Tracy, ed. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. [1974]. Donald Nicholson-Smith trad. Oxford: Blackwell, 1984.
- Mignolo, Walter. *The darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, and Colonization*. Ann Arbor: Michigan University Press, 1995.
- Moraña, Mabel, ed. *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: IIII-Serie Críticas, 1997.
- Monsiváis, Carlos. "La ciudad de México: un hacerse entre ruinas". *El paseante* (1990): 10-19.
- Rabasa, José. *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*. Norman: University of Oklahoma Press, 1993.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Rotker, Susana. *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 2000.
- Sobel, Dava. *Longitude: The True Story of a Genius Who Solved the Greatest Scientific Problem of His Time*. New York: Walker, 1995.
- Socolow, Susan M. y Louisa Schell Hoberman (Eds.). *Cities and Society in Colonial Latin America*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1986.
- Solano, Francisco de. *Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*. Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas, 1990.
- . *Estudio sobre la ciudad iberoamericana*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1975.
- Wolf, Eric. *Europe and the People Without History*. Berkeley: University of California Press, 1982.
- Zamora, Lois Parkinson. *The Inordinate Eye: Baroque Designs in Contemporary Latin American Fiction* (borrador).